



Taló el placer y tomó la pluma para escribir *Historias que nos queremos unas*. Entretejió librerías, hizo volar muchas otras plumas, incluyó la del mercurial Ignacio Valente. Escritora de salud, por la mañana «germina» la filantrópica Universidad Vicente Pérez Rosales («la primera reconocida en democracia»).

Su novela —las cuatro historias de cuatro amigas— de fuertes descripciones visuales que delatan a la artista gráfica, tiene, entre otros, el mérito de escribir en la historia del país la cotidianidad del «silencio», la desconfianza institucionalizada, la soledad, el esfuerzo por descubrir códigos comunes, la culpa de haber sobrevivido...

Marcela Serrano, cuarentona y estupefacta, feminista de hablar cauto, es hija de la escritora Elisa Serrano —pionera del tema femenino en las letras chilenas de los años cincuenta. Marcela tiene dos hijos; es socialista y vive con Luis Maiza un proyecto de vida conyugal diferente, inventado por ella: cada uno en su casa.

«En dictadura, las mujeres fuimos un poder grande, con una convocatoria enorme. Pero la democracia llegó... se nos acabó la pelea... Tenemos que "portarnos bien"».

—¿Es en lo cotidiano donde se dan los conflictos menos solucionables de la pareja?

—La cotidianidad se puede matar. Creo que o buscamos otra forma de estar juntos, o nos vamos a la mierda, no más. Los pololos optan por verse y eso es lo rico. Así, con lo cotidiano separado, Lucho y yo conservamos

mucho del pololo. No estamos obligados a dormir en la misma cama, mi closet es mío, mi baño es mío y me seco con toallas secas. La Lola Hoffman decía que al despertar, las terminaciones nerviosas están más alteradas. Nosotros tomamos desayuno cuando estamos duchados y ha pasado ese primer momento. Como dice la María en la novela, «una pelea a las 8 de la mañana, perfectamente pudo no haberlo sido a las 12 del día». Tampoco soportaría la idea de estar a cargo del estándar de cocina que los hombres quieren. Aquí abajo, una tortilla de acrita no parece espléndida. No estoy pa' que me hueren porque no fui al supermercado.

—¿Cada desorden tiene su lugar?

—Claro, cada uno con sus espacios, colores, desórdenes y estéticas. A Lucho le gustan los cuadros mapuches o haitianos. A mí, los antiguos o hipermodernos. Imagínate al juntar las dos cosas, qué pelica habríamos tenido y qué resumen de estéticas habríamos hecho. A los 20 años, a la guilú le gusta la misma cama, el mismo baño y la misma escobilla de dientes. Pero des-

pués, con la madurez, la individualidad se marca. Es infinita la cantidad de motivos por los que uno puede pelear en la noche.

—¿Cómo relacionas el poder masculino con la escritura?

—Habíamos un lenguaje inventado por los hombres. ¿Cuál es el nuestro? El sicodulista pregunta qué es ser mujer; yo partiría preguntando cuál es nuestro lenguaje. Pienso que es subproducto del lenguaje de ellos. Porque no podemos decir que el lenguaje de las mujeres es uno «feminista». ¿Por qué, pues? Por qué va a ser esa muestra única oscura. La historia fue escrita y dibujada por ellos; para ellos, a su imagen y semejanza; con un lenguaje de ellos. Aquí hago un homenaje a las mujeres que han estado antes que nosotros. No estamos en 1850, cuando las hermanas Brontë tenían que firmar como hombres para que las publicaran. Cada mujer va poniendo un grano, y es así como muchas podemos estar en lo público, además de lo privado, la casa.

—¿Qué pasa entre tú y el feminismo?

—Siempre fui amiga de la Antonieta Sáa, y circulaba por el CEM—después La Morada— y me metí con las Mujeres por el Socialismo; también era amiga de Las Mujeres por la Vida... pero se deshinó todo.

Creo que ahora también hay cosas que hacer. Mucha gente cree que el feminismo pretende quitarle el lugar a los hombres, pero lo que queremos es que ambos polos—masculino y femenino— se desarrolten en hombres y mujeres para que todos seamos más humanos. Claro que algunos se han preocupado de autizar la palabra feminismo, de tal modo que se entienda lo otro. Yo no quiero ser como los hombres. No quiero llegar a las 9 de la noche cuando mis hijos ya están durmiendo. No me interesa eso.

—¿Tienes un diagnóstico?

—En las capas más «conscientes», generalmente la clase media profesional, estamos cada vez más en lo público, pero no hemos podido soltar lo otro. Estamos acumulando, agregándole lo público al privado. No hemos logrado que los hombres privilegien lo privado como nos gustaría. Mi miedo es que si no hacemos algo en ese sentido, vamos a superar a Almodóvar y, del borde, vamos a caer al ataque de nervios. La cantidad de variables que maneja una mujer en la cabeza durante el día da como para derramar cerebral. El hombre sale de su casa y hace toda su vida pública ajeno a todo el cuento de lo personal. De vuelta, él llega con «el rol» cumplido, a descansar. Nosotras llegamos a seguir entregando energía. El día no ha terminado porque lo privado sigue en manos nuestras. Seguimos siendo responsables del clima afectivo, la educación de los hijos, la casa, etc. Algo tiene que pasar luego o llegaremos a una renuncia histórica a lo público—nada recomendable, por lo demás—, después de lo que costó llegar ahí.

—¿Tan grave te parece la situación de las mujeres?

—Mira, Lucho está un día a la cocina y me vio haciendo mermelada.

MARCELA SERRANO

UN BOLIDO SUPERVENTAS

PÁGINA ABIERTA

30



IMPRESIONADA DEL 21 DE JUNIO DE 1992

Página Abierta (Santiago)

Un bolido superventas [artículo] Mónica Silva Monge.

Libros y documentos

AUTORÍA

Serrano, Marcela, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un bólide superventas [artículo] Mónica Silva Monge. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile